
Afinidades electivas

José García-Velasco

A la memoria, siempre viva, de Soledad
Ortega Spottorno y Vicente Cacho Viu.

En el número 1 de la revista *Residencia* (1926), José Moreno Villa publica un precioso recorrido por la Colina, sus edificios y jardines, en el que alude al «retrato de Goethe que preside el recinto de los libros». Un retrato que también se podía ver colgado en algunos cuartos de residentes. Juan Ramón Jiménez evoca igualmente esta presencia del autor alemán en el imaginario de la Residencia, cuando escribe en los años veinte sobre los días fundacionales de la llegada a «Este Cerro del Viento, esta, hoy, Colina de los Chopos»:

¡Cómo se siente aquí, siempre, en esta capa elevada de atmósfera, y a pesar de los caciquiles pesares, la raíz de la posible minoría del segundo Goethe, que sembramos, un revuelto mediodía de enero, con los árboles!

Considero verosímil atribuir esa predilección al propio Francisco Giner de los Ríos y a Manuel B. Cossío, amantes ambos, ade-

más de anglófilos, de la cultura germánica, pero también a Ortega, consejero y asiduo amigo de la casa, cuya deuda con Goethe no hizo sino acrecentarse con los años. José Lasaga*, en su hermosa y esclarecedora colaboración vincula la *Bildung* goethiana con la *paideia* residencial (siguiendo, según creo, mi propia interpretación, expuesta en otros trabajos, del tan mentado «espíritu de la casa»). Así la refleja Juan Ramón, en un texto muy posterior que será citado otras veces y por otros autores en este número («Recuerdo a José Ortega y Gasset», 1953), evocando su relación con Ortega hacia 1915:

Quando Ortega hablaba de poesía, seguía apoyándose jeneralmente en Goethe, lo que a mí me gustaba tanto. Tanto que yo había adoptado [...] como lema «Sin aceleración y sin detenimiento, como los astros, jire el hombre alrededor de su propia obra».

Un buen lema para los residentes y un ritmo muy residencial. Creo que es, por tanto, oportuna esta apropiación de la nomenclatura goethiana para volver sobre las relaciones entre José Ortega y Gasset y la Residencia de Estudiantes, y también, a su través, las de *Revista de Occidente* con la Residencia. Carmen Asenjo y Javier Zamora Bonilla, en el documentado trabajo que publicaron en los números 6 y 7 de la *Revista de Estudios Orteguianos*, habían escogido, para hacer historia de dicha relación, el expresivo título *Caminos de ida y vuelta: Ortega en la Residencia de Estudiantes*. Igualmente Azucena López Cobo y yo nos referimos a «Un proyecto compartido de modernización cultural» cuando abordamos este binomio Ortega/Residencia en el catálogo de la exposición *El Madrid de Ortega*. Ambas formulaciones recogen aspectos a mi juicio fundamentales

* Cuando se menciona a alguno de los autores que colaboran en este número de *Revista*, si no se cita otra obra se entiende que se está haciendo referencia a dicha colaboración.

para un entendimiento cabal de esta fructífera relación. En dichos trabajos y en la nueva aportación de Javier Zamora creo que puede constatarse una primera coincidencia: si el vínculo entre el joven Ortega y la recién nacida Residencia se muestra sólidamente asentado desde un principio, se debe a que ambos se nutren de un mismo «manantial de entusiasmo», que es así como se refiere Ortega a don Francisco Giner en su necrológica (1915). He aquí el principio y fundamento de una afinidad sobre la que también escribió Juan Marichal:

La amistad de Ortega con Giner fue particularmente reveladora de una afinidad intelectual [...]. Muestra también un rasgo de la historia de España que debe acentuarse: la continuidad intelectual (¡y política!) de la España europeísta representada por tres generaciones sucesivas, la de Giner, la de Unamuno y la de Ortega. Y en esa continuidad espiritual, Giner –cuya obra escrita no contiene la riqueza de su alma– se destaca por una aleación única de humildad y firmes convicciones.

Sin esa continuidad, sobre la que volveré más adelante, no creo que se pueda explicar la riqueza y la vitalidad de la cultura española en el primer tercio del siglo XX. Pero tampoco hubiera sido posible, ni dicha continuidad ni lo que Marichal llamó «segunda Edad de Oro», sin la tolerancia, virtud que cabe atribuir al estilo que gracias a esa «aleación de humildad y firmes convicciones» impuso Giner no sólo en la Institución sino en la vida cultural del Madrid del periodo. Y hay que subrayar que la tolerancia (de la que, a mi parecer, Ortega fue dando pruebas mayores a medida que fue madurando) probablemente requirió refrenar el afán orteguiano de claridad (recuérdese la apelación explícita a Goethe en las *Meditaciones del Quijote* (1914): «Yo me declaro del linaje de esos / Que de lo oscuro hacia lo claro aspiran») con una buena dosis de ironía, de la que no falta en los discretos consejos del viejo maestro a su jo-

ven e impetuoso heredero, según advierte, con la finura que tanto añoramos, Juan Marichal:

Quizás en una carta a Ortega (cuando el joven profesor estaba en Marburgo) expresó Giner muy claramente lo que constituyó su creencia intelectual: «Siempre vuelvo a mi tema que usted conoce bien: lo de Hamlet a Horacio, “la realidad es mucho más compleja que nuestras fórmulas”». Giner «modernizaba» así las famosas palabras de Hamlet. [...] Y cabe conjeturar si no habría en dicha cita una alusión a conversaciones entre don Francisco y su joven amigo, que gustaba de las «fórmulas». Mas lo admirable en esa amistad de dos grandes cabezas valientes del comienzo de este siglo español es, sin duda, su coincidencia en un depurado patriotismo.

En los años que median entre su regreso de Marburgo a finales del verano de 1907 y febrero de 1915, es cuando Ortega va a estrechar su breve e intensa relación con don Francisco, sobre la que todavía es necesario investigar y conocer más datos de primera mano, que permitan confirmar y afinar nuestra visión actual.

*El liderazgo intergeneracional de Giner a Ortega,
según Cacho Viu*

A las relaciones de Giner con Ortega se refiere Javier Zamora en su biografía del filósofo, en su mencionada colaboración con Carmen Asenjo y en este número, en el que también alude a ellas José Lasaga. Estudios que podríamos denominar clásicos como el de Jiménez Landi o la historia del institucionismo que Alberto Jiménez Fraud incluye en la tercera parte de la *Historia de la Universidad Española*, también aportan algún aspecto valioso. Más recientemente José Aymerich ha resumido bastantes de los datos conocidos en un trabajo publicado en la *Revista de Estudios Ortegaianos*.

Pero es a Vicente Cacho Viu a quien debemos la interpretación que concita mayor acuerdo en la comunidad científica, formulada en un puñado de textos luminosos que han abierto numerosos campos nuevos. El primero de ellos, «Ortega y el espíritu del 98», publicado precisamente en *Revista de Occidente*, números 48-49 (mayo, 1985) recogía el contenido de una conferencia pronunciada en la Fundación José Ortega y Gasset dos años antes, con motivo del centenario de su titular. Aportaba Vicente Cacho una visión muy novedosa de las relaciones de Ortega con el grupo de escritores finiseculares, iniciando una línea de reinterpretación de la historia intelectual de la cultura española de entresiglos, que culmina en el conjunto de magistrales ensayos reunidos por Octavio Ruiz Manjón en el libro póstumo «Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset» (2000).

La atribución del liderazgo intergeneracional, que ejercen de manera sucesiva en la cultura española (y especialmente en el núcleo madrileño) Giner de los Ríos y Ortega, me parece una de las aportaciones más lúcidas y esclarecedoras de Cacho Viu. Un liderazgo que ambos desempeñaron, como no podría ser de otra forma, con estilos muy distintos. El modelo interpretativo que propone Cacho Viu está formulado con brillantez y precisión –parafraseando sus propias palabras– en unos breves libros sustanciales, pero basados en una riquísima colección de fuentes documentales, desde la que los textos se analizan meticolosa y rigurosamente en orden cronológico, pues en la historia intelectual que hace Vicente Cacho sólo cabe descifrar un texto a la luz de la circunstancia concreta en que fue alumbrado.

Por lo que se refiere al indisputado liderazgo que Ortega mantiene en la vida cultural española entre 1917 y 1931, puesto que fue en numerosos aspectos continuación del que había desempeñado Giner, considero necesario volver sobre su visión compartida del proyecto institucionista.

La España de Giner y la de Ortega

Meses antes de la fundación de la Residencia, un joven pero ya reconocido profesor que había cursado su formación postdoctoral en Alemania, concluía un texto seminal (en el que se prefiguran algunas líneas maestras de su pensamiento y de su acción en la siguiente década) afirmando que «España era el problema, y Europa la solución». Una fórmula feliz, que estaba destinada a hacerse famosa. Pero José Ortega y Gasset no se la había sacado de la manga. La europeización de España venía siendo defendida como la condición necesaria para su modernización por un puñado de intelectuales españoles que habían influido decisivamente en el joven Ortega: Joaquín Costa, Miguel de Unamuno y, como ya se ha indicado, Giner de los Ríos, a quien probablemente comenzara a tratar a lo largo de 1906.

Al volver de su segundo viaje a Alemania, Ortega ya había vinculado su europeísmo al proyecto propugnado por la Institución Libre de Enseñanza (ILE). En un artículo publicado el 27 de julio de 1908 en *El Imparcial* –donde se pueden rastrear las huellas de su estancia alemana con Natorp y Cohen y su proximidad al puñado de intelectuales y políticos que acababan de fundar la Junta para Ampliación de Estudios– Ortega, con la claridad y eficacia que pronto se convertirán en atributos esenciales de su estilo literario, había establecido esa ecuación brillante:

Europa = ciencia; todo lo demás le es común con el resto del planeta.

En España el proyecto de modernización basado en la moral de la ciencia, asociado a la formación de una nueva ciudadanía gracias a la generalización de una educación laica y científica, tiene una tradición que se identifica con la fundación en 1876 de la ILE por un grupo, liderado por Francisco Giner de los Ríos, de profesores

universitarios expulsados de la docencia por defender la libertad de cátedra. Debemos a Vicente Cacho Viu la formulación más precisa de esa «moral de la ciencia»:

Dentro de la multiforme escuela regeneracionista, se reservará el calificativo de «morales colectivas» para aquellas propuestas modernizadoras [...] que presenten, a la vez y de una manera sostenida, un nivel aceptable de teorización y un grado consistente de aceptación social. Dos son las corrientes [...] que [...] superan ese doble listón: la constituida por una minoría intelectual que, nucleada en torno a Madrid, propugnaba la modernización de España a través de la ciencia; y una moral nacionalista en Cataluña, objeto de elaboración muy precisa a partir del último decenio del siglo [...]. A pesar de sus evidentes desemejanzas, ambas propuestas transpiran un fino aire liberal, síntoma evidente de su carácter modernizador.

Giner de los Ríos y los demás fundadores de la ILE quisieron crear una universidad libre y privada, al estilo de la fundada por la masonería en Bruselas en 1834. Tras fracasar su proyecto universitario por falta de apoyo social, y repuestos en sus cátedras por el gobierno liberal de 1881, los institucionistas se propusieron pasar a la acción en el sector público, apoyándose (con el pragmatismo que siempre les caracterizó) en algunas instituciones afines que consideraban con buen funcionamiento y en otras de nueva creación para que, gracias a los medios de que disponía el Estado, se pudiera ensayar en ellas, desarrollar después y finalmente generalizar su proyecto modernizador. A partir de 1882 fueron inspirando la política reformista, especialmente la científica y educativa, de los gobiernos liberales, comenzando por la fundación ese mismo año del Museo Pedagógico Nacional, dirigido por Cossío desde 1883, y concebido como el instrumento de la reforma de la enseñanza no universitaria. Posteriormente promovieron diferentes proyectos, incluyendo la creación de instituciones, algunas citadas por Javier Zamora, hasta que, finalmente, se funda en 1907 la más

importante de todas ellas: la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE).

*La Junta, culminación del proyecto modernizador
de la Institución Libre de Enseñanza*

La Institución supo fabricar la argamasa con la que cimentó ese gran florecimiento de la cultura española y estimular –en atinada expresión de Roberta Johnson– el «fuego cruzado» entre cuatro generaciones de intelectuales que convivieron en algunos momentos simultáneamente, produciendo una actividad febril que llega a su mayor esplendor a comienzos de la tercera década del siglo XX, cuando en el «fuego cruzado» cabe rastrear influencias de los más jóvenes sobre los *senior*, como Ortega, Moreno Villa o Juan Ramón.

Pero en las relaciones entre el institucionismo y la cultura española no todo son unanimidades. Unamuno vivía en la Residencia cada vez que acudía a Madrid, editó sus *Ensayos* en sus Publicaciones y participó también en sus actividades. Es igualmente conocido su progresivo distanciamiento de Ortega. Sin embargo, como ya he advertido en otras ocasiones, la tradición liberal española, tal y como fue construida y expuesta por la Residencia, se forjó en síntesis entre ambos y, por supuesto, con todos los demás creadores, artistas y científicos que formaron «el espíritu de la casa». Ambos se mantuvieron muy próximos a Giner, incluso más de lo que puede pensarse, y es muy de destacar que ninguno de los dos forman parte de los linajes institucionistas, como tampoco Juan Ramón Jiménez, cuyo *Platero y yo* estaba en la mesilla de noche del maestro durante su agonía final. Con ello se quiere subrayar el pluralismo real, no sólo admitido sino fomentado por los dos líderes sucesivos del núcleo intelectual madrileño, por oposición a la ma-

yor ortodoxia y disciplina del barcelonés, poco proclive a la disidencia, especialmente tras la muerte de su primer líder, Enric Prat de la Riba (como demuestran los casos de los «heterodoxos» Josep Pijoan y Eugeni d'Ors). Para calibrar adecuadamente el carácter de esta labor primero de Giner y luego de Ortega creo que es preciso seguir trabajando en el conocimiento del tejido cultural del periodo, y de la pluralidad de voces que era preciso moderar o integrar.

Aparte de aquellos que son abiertamente opuestos o enemigos de la Institución, de entre los que destaca Menéndez Pelayo (pese a que en sus últimos años matizó notablemente su hostilidad inicial), también era preciso tener en cuenta a quienes dedicaban amables ironías a los institucionistas aunque cooperasen de diferentes maneras con ellos –como Valle-Inclán– o con el Centro de Estudios Históricos –como Salinas–, a los reticentes iniciales que luego se mudan en fervientes admiradores –como Azorín–, a los admiradores de siempre –como Pérez de Ayala–, o a quienes conjugan simpatía con crítica –como Cajal o Azaña. La llamada Edad de Plata no puede entenderse sin la Institución y sus relaciones –complejas, plurales, cambiantes– con todos ellos. A la casa de la Institución se acude para pedir ayuda o consejo. Manuel Azaña primero y Julio Caro Baroja después (en la necrológica de Jiménez Fraud publicada en *Revista de Occidente*), han llamado a la morada de Giner y de la familia Cossío en el Paseo del Obelisco el «Port Royal» español y, desde luego, aquella casa fue, en expresión de Vicente Cacho, «hogar espiritual», donde Giner acoge como un hermano mayor a quien allí acude. «Nunca olvidaremos nuestras conversaciones con él, con nuestro Sócrates español, con aquel supremo partero de las mentes ajenas. Inquiría, preguntaba, objetaba, obligándonos a pensar», escribió Unamuno a su muerte (1915). Aunque una parte de los creadores (artistas y científicos) que han protagonizado la Edad de Plata no estuvieron nunca vinculados a

la ILE ni mostraron simpatía por ella, puede decirse que muchos otros, especialmente los pertenecientes al núcleo madrileño, tuvieron una relación directa o indirecta con Giner y sus colaboradores.

Es necesario seguir trabajando para poder trazar un mapa con todos los círculos y sus conexiones, desde el núcleo formado por intelectuales institucionistas, como Azcárate, Salmerón o Simarro, hasta otros muy cercanos, como Clarín o Bolívar, pasando por aquellos que tenían vínculos familiares con la ILE, como los Machado. Y junto a primeros discípulos (Besteiro, Fernando de los Ríos) o de la última hornada (Jiménez Fraud, Castillejo), se encuentran los que, sin serlo, intiman con Giner o Cossío, como, respectivamente, Unamuno o Juan Ramón, Moreno Villa o García Lorca. Y desde luego Ortega, nieto de un fundador de la ILE, criado en el respeto por lo que la Institución representaba, que supo recoger el testigo de Giner, si bien su modo de ejercer el liderazgo sobre la cultura española fue muy diferente, prefiriendo siempre la labor en las instituciones y las empresas culturales. Menos interesado que Giner en la guía de almas –que probablemente en algunas ocasiones derivó a Cossío– pero partero, al cabo, como Giner, Ortega ayudó a gestar muchas más obras y proyectos de las que suelen atribuírsele. Por su parte Cossío, tras la muerte de Giner, se convirtió en la cabeza de la Institución, ejerciendo un liderazgo «de puertas adentro», complementario pero no menos importante para la ILE que el de Ortega en la sociedad –ésta es otra matización que vengo haciendo a la propuesta de Vicente Cacho– y, de acuerdo con la costumbre establecida por don Francisco, siguió recibiendo en la casa del Obelisco y compartiendo (por tanto) con Ortega una cierta función de «guía espiritual», pero de manera más discreta, intramuros (probablemente la ejerció también dentro de otros colectivos, como el Museo Pedagógico, la Residencia o más tarde Misiones Pedagógicas), y lo siguió haciendo hasta sus años finales, como atestiguan los diarios de Azaña.

Esa labor mayéutica formaba parte de un plan para la modernización de España que Giner había ido trazando cuidadosamente. Había trabajado en él desde que, tras el fracaso de las aspiraciones de «renovación total» de la vida española, «cruelmente defraudadas» por la experiencia revolucionaria de 1868 (que desembocó en la proclamación de la breve y convulsa Primera República española), llegó al convencimiento de que la única posibilidad de una transformación radical de la sociedad española suponía contar con la complicidad de la mayor parte de sus componentes (no sólo de una minoría, como se le achaca), y a la convicción de que esa complicidad no era posible obtenerla sino a través de un proceso largo y complejo, que sustituyera la instrucción por la educación y la extendiera incluso al mundo rural, permitiendo formar ciudadanos responsables. Entre tanto, y mientras se ensayan en pequeños grupos las reformas para luego generalizarlas, Giner considera factible ir introduciendo cambios graduales en el sistema (sin desdeñar los acuerdos y los textos legislativos que las hagan viables) y en las costumbres y los hábitos de los españoles, estimulando cualquier manifestación de conciencia individual, cualquier iniciativa orientada hacia la educación, la ciencia, la cultura. Entre ellas, se fomenta la creación de sociedades civiles (muchas más de las que suelen citarse y no sólo en Cataluña, que sin duda para Giner es el modelo de asociacionismo), en unos casos modestas, aunque de una influencia social todavía no bien estudiada –como la Sociedad Peñalara, fundada por un grupo de institucionistas aficionados al montañismo– y otras tan importantes por su dotación y la labor realizada como la leonesa Fundación Sierra Pambley.

Pero, junto a esa labor en la sociedad civil, paulatinamente Giner y sus colaboradores van diseñando instituciones (preferiblemente de estatus mixto, entre lo público y lo privado) que permitan mediar entre el Estado y la sociedad. Ese proceso o, mejor, ese conjunto de procesos en marcha, llega a su apogeo con la Junta pa-

ra Ampliación de Estudios, que representa, por tanto, la culminación de los proyectos llevados a cabo por la ILE y los gobiernos del Partido Liberal en la modernización de la sociedad española. La generación de Ortega, Menéndez Pidal, Blas Cabrera, Castillejo y Jiménez Fraud fue digna continuadora de esta tarea, no sólo en las instituciones que iba alumbrando y protegiendo la Junta, sino en otras, privadas, que se fueron consolidando a medida que avanzaba el siglo: editoriales como Biblioteca Nueva o Espasa Calpe, empresas como Filmófono o Laboratorios Abelló o proyectos de colaboración internacional como la Institución Cultural Española de Buenos Aires o el Instituto de las Españas de Nueva York fueron poniendo las bases de una prosperidad creciente de la ciencia y de la cultura españolas.

A la altura de 1936, el proyecto de modernización de la Junta había obtenido un razonable éxito en la extensión de las reformas educativas del sector público, en las enseñanzas primaria y secundaria y en la universidad (por más que dichas reformas pudieran ser tachadas en ocasiones de doctrinarias, cabe citar numerosos ejemplos de éxitos parciales, no sólo en la Universidad Central con Cabrera o García Morente, sino en institutos provinciales y escuelas no únicamente de Madrid o Barcelona, como demuestran los diferentes estudios regionales que se van haciendo públicos). También podía considerarse cumplido, siquiera parcialmente, el programa de la ILE y de la JAE en el desarrollo científico –e incluso en un incipiente avance tecnológico–, que había conseguido situar a España en una posición más que aceptable entre los países de su entorno. Desde luego, no podemos atribuir a la Junta la desastrosa coyuntura política internacional y la no muy afortunada evolución de la República, que desembocaron en la guerra civil y en la posterior dictadura franquista. José Antonio Pascual, en las Actas del II Congreso de la JAE (2010), cita una carta de Joan Corominas a Tomás Navarro Tomás en 1952, refiriéndose al proyecto mo-

dernizador de la Junta y del Institut d'Estudis Catalans antes del desastre: «Habíamos logrado, entre todos, hacer de España un país vivo y activo en todos sus miembros, aunque no fuese tan activo ni tan bien organizado como lo queríamos».

La Residencia de Estudiantes, laboratorio de un nuevo humanismo

Hay un último aspecto en el proyecto de la Junta que creo necesario resaltar. La JAE no es sólo una agencia de investigación que envía becarios a formarse o que organiza y promueve centros. Es también un proyecto de transformación de la sociedad española por medio de la educación y de la cultura. La manera en que principalmente actúa consiste en diseñar experiencias para luego generalizarlas, «ensayos de reformas» en su propia terminología. Se convierte así la Junta en el laboratorio de la España futura. Éste es, muy especialmente, el caso de la Residencia de Estudiantes.

La Residencia no sólo era un proyecto pensado para la reforma universitaria que ofrecía una alternativa a un modelo que, en 1910 –como el resto del sistema educativo–, Giner y sus discípulos juzgaban periclitado, sino que constituía asimismo un proyecto de modernización de España como experiencia integral en el desarrollo de un conjunto de valores cuyo cultivo se consideraba necesario proponer y generalizar a toda la sociedad española: la práctica de la tolerancia, del rigor en el trabajo, del buen gusto y el refinamiento asociados a la sencillez y la simplicidad en los edificios, su disposición interior, las publicaciones o cualquier otra expresión material, de la higiene y el cuidado del cuerpo –la belleza asociada a la virtud–, del espíritu crítico y, a la vez, del diálogo –desde distintas concepciones y culturas, pero también entre diferentes disciplinas o formas de conocimiento–, del fomento del espíritu deportivo, del aprendizaje en el trabajo en equipo, del valor de la amis-

tad, del internacionalismo, de la búsqueda de la cooperación y la paz entre las naciones, del cosmopolitismo, del conocer aquello que los mejores de otros países habían hecho (y que llevó a la cátedra pública de la Residencia a algunos de los más reconocidos creadores, artistas y científicos de todo el mundo). Ése es el «espíritu de la casa» que siempre se respiró en la Residencia –y que la convirtió en un foco de europeísmo y un centro de cultura internacionalmente reconocido–, pero cuya generalización terminó haciéndose imposible en la convulsa España de finales de los años treinta. Por más que en los veinticinco años anteriores la Residencia llegó a ser, en palabras de Juan Marichal, «uno de los lugares más enteramente europeos de toda Europa», cumpliendo así el sueño de Giner pero también de Ortega: ¡quién les iba a decir en esos años fundacionales que las cartas de Jiménez Fraud con los más distinguidos correspondientes de la Europa del momento están siendo localizadas hoy por la centenaria Residencia, en los archivos del British Museum, de la Fundación Le Corbusier, de la Universidad de Oxford y de otros distinguidos museos y archivos franceses, alemanes o estadounidenses!

Ortega forma parte, desde un primer momento, del entorno del presidente de la Residencia (Manuel B. Cossío, Juan Ramón Jiménez, Federico de Onís, José Moreno Villa, María de Maeztu ...) quienes, con los responsables de la Junta involucrados en la vida de la Residencia (Ramón y Cajal, Menéndez Pidal y sobre todo Castillejo), van trazando un camino que, como el resto del proyecto institucionista, fue dispuesto por Giner y sus colaboradores, según Jiménez Fraud, después de haberlo meditado «cuidadosamente» pero tras «infinitos tanteos y planes». En la formación de ese «espíritu de la casa» Ortega –que mantuvo una excelente relación con Jiménez Fraud desde 1910 hasta 1936 e igualmente con María de Maeztu, que se encarga de la dirección del grupo femenino en 1915– jugó un papel capital. Es verdad, como acertadamente se-

ñala Juan Pérez de Ayala, que no el único, y ni siquiera el principal (sobre ello volveré más adelante), pero siempre formó parte del núcleo más íntimo de colaboradores y asesores de don Alberto, según testimonia este último:

Como vocal del Patronato asistió al nacimiento de ella, y veintiséis años después presencié también los últimos días de la vida de la Residencia, en el verano de 1936. Sería inútil encomiar lo que para la Residencia suponía esa larga e ininterrumpida colaboración de Ortega. Si nuestra amistad y consideración eran ofrendadas a lo que la personalidad aquella tenía de ejemplar, la de Ortega por la Residencia se apoyaba también en lo que nuestra Institución tenía de alta empresa nacional.

Es más, creo que este «espíritu de la casa» fue también capaz de influir sobre la evolución intelectual del propio Ortega, y por ello cabe hablar de «reciprocidad» en su relación con la Residencia. Como he venido insistiendo en otras ocasiones, el epicureísmo de Giner y los suyos, más corriente que escuela, «arte de saber ver», es un humus sobre el que arraiga esa simpatía epicúrea y ecléctica orteguiana que encierra su raciovitalismo de madurez. En la alegría, el amor a la ciencia y a la belleza, el cultivo de la amistad y el deporte como valores de una alta y nueva moralidad, encontramos elementos fundamentales del proyecto institucionista, como era entendido por Manuel B. Cossío y, también por los más jóvenes Jiménez Fraud o Castillejo y, a la vez, muchos de los conceptos acuñados y desarrollados por Ortega entre 1914 y 1936. Éste es, entre muchos, el caso de las palabras que dirige a los residentes en la fiesta de primavera de 1925 sobre «las cuatro virtudes de la mocedad: la risa, la amistad, el amor y el entusiasmo». En ellas resuenan otras de Giner o Cossío.

Otro ejemplo, aunque tardío, de la interinfluencia entre Ortega y los demás intelectuales vinculados a la Residencia y muy espe-

cialmente de Cossío, es la teoría, sin duda epicúrea, de Juan Ramón Jiménez sobre el *trabajo gustoso*, recogida en su conferencia *Política poética*. Probablemente la última leída en la Residencia (aunque no por su autor, que no pudo estar presente) el 15 de junio de 1936.

A medida que la Residencia desarrollaba su labor, Ortega fue elaborando su pensamiento y exponiéndolo e incluso confrontándolo en la cátedra universitaria, en sus empresas periodísticas y editoriales y en sus conferencias, influyendo de este modo decisivamente sobre varias generaciones de españoles. Su autoridad fue mayor todavía sobre el entorno de la Residencia, ya que las principales de estas conferencias fueron dictadas en la casa y en la Residencia de Señoritas, desde la primera, en 1912, hasta la que pronunció en 1930, aunque ya extramuros de la Colina de los Chopos, pero donde todavía hizo mención explícita de su compromiso con la Residencia, convertida ya desde 1916 en primera receptora y difusora de su sistema filosófico.

Sin duda, la guerra civil y la dictadura franquista suponen un fracaso para el proyecto institucionista (y aquí, *sensu lato*, permítaseme incluir a Ortega, incluso al Ortega de 1936), pero no el fracaso definitivo. Guerra y dictadura no consiguieron malograr los frutos del extraordinario florecimiento cultural de España entre 1876 y 1936. Un florecimiento cultural prolongado en el exilio, que enriqueció notablemente algunas sociedades de la comunidad hispanoamericana, gracias a esa España peregrina. Su labor, y la más oscura pero no menos valiosa del exilio interior, han hecho posible la posterior recuperación de este proyecto modernizador como una de las tradiciones en las que se fundamenta la actual sociedad democrática española. (Y es precisamente en esa tradición institucionista en la que, a mi juicio, fueron concebidas la Fundación José Ortega y Gasset, hoy Ortega-Marañón, y la refundada Residencia de Estudiantes.)

La proyección pública de Ortega en la Residencia (1912-1930)

Cacho Viu señala 1914 y 1917 como los años clave para la evolución pública de Ortega en la formación de lo que llama su «imperio intelectual». De 1914 data *Meditaciones del Quijote*, no por azar publicado por la Residencia de Estudiantes para inaugurar su colección de Ensayos. (También, y pese a la opinión en contra de Juan Pérez de Ayala, me sigue pareciendo posible –debido a la evidente afinidad estilística– que Ortega hubiera colaborado en esos años de simpatías reformistas con Alberto Jiménez Fraud en la redacción de algunos de los textos programáticos de la Residencia impresos a partir de 1911.) El 23 de marzo de 1914 Ortega había presentado la Liga de Educación Política Española con la conferencia «Vieja y nueva política» en el Teatro de la Comedia, a la que acudió, confundido entre los asistentes, Francisco Giner, quien no se prodigaba en actos públicos, menos aún de esa trascendencia. La presencia de Giner se justificaba desde luego por su predilección por el joven profesor, pero también porque aquel resonante acto, y la misma Liga, formaban parte de un proyecto político de gran calado que apostaba por la modificación paulatina del sistema de la Restauración, con la irrupción del movimiento reformista (liderado por un institucionista de «pata negra», Gumersindo de Azcárate, otro político cercano a la Institución, Melquíades Álvarez, y un tercero, Alejandro Lerroux, en las antípodas del talante moral de don Francisco, pero jefe político y compañero de logias de su hermano Hermenegildo). El reformismo había resurgido a comienzos de siglo, de la mano de los institucionistas, pero convergía ahora con otros sectores, entre ellos un grupo de jóvenes profesionales del fuste de Manuel Azaña, Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala o José Ortega y Gasset. Asesinado Canalejas, rotas las relaciones de Antonio Maura con la Corona, se busca –como apunta Javier Zamora– la complicidad del monarca para encargar

formar gobierno al Partido Reformista. El rey acepta entrevistarse con algunos de los más destacados institucionistas, capaces de influir sobre un sector del republicanismo moderado que estaría dispuesto a incorporarse al juego político para modernizar el sistema. A la salida de la entrevista, don Gumersindo de Azcárate declara que han desaparecido los obstáculos tradicionales. Sin embargo, don Alfonso no pudo, o más bien no quiso, dar el paso definitivo y finalmente la operación reformista no llegó a buen puerto. Las agitaciones de 1917 suponen una primera prueba de que el sistema se resiste a una modernización que, sin embargo, continúa avanzando en el Parlamento, hasta que la vida política es bruscamente interrumpida por el golpe de estado de Primo de Rivera en 1923.

Mucho antes Ortega había abandonado el primer plano de la política, aunque buena parte de su labor siga manteniendo una estrecha vinculación con ella, al menos durante el año de 1915, en que dirigió el semanario *España*. Pero según una reciente intervención de Santos Juliá, que esperamos ver pronto publicada –y que continúa un tema ya abordado en el número 216 de *Revista de Occidente* (mayo 1999): «Ortega y la intelectualidad»–, en la primavera de este año puede situarse una importante inflexión, en el lapso que va entre la primera parte de la «Meditación de El Escorial», conferencia pronunciada en el Ateneo el 4 de abril de 1915, y la segunda, que recoge otra pronunciada en la Residencia el 29 de mayo de ese mismo año –que marca ese paulatino distanciamiento con el reformismo– cuya liquidación, según he apuntado en otros trabajos, certifica en 1917 en la necrológica de Gumersindo Azcárate.

Desde entonces (abandonado el Ateneo y la cooperación con Azaña, que seguirá liderándolo, y tras romper él también con el reformismo hará de la democracia la principal bandera de su acción política) el mejor Ortega se templea en sus conferencias en la Residencia, convertida en la principal plataforma de su proyección pú-

blica, donde irá desarrollando algunos de los temas centrales que caracterizan su evolución intelectual, como coinciden en subrayar José Lasaga y Javier Zamora. Por eso considero especialmente afortunada la glosa por este último del texto (inédito hasta su publicación en el tomo VII de las *Obras Completas*) de la citada intervención de Ortega en la fiesta de primavera de la Residencia de 1925, que encabeza su colaboración en este número.

Es, en efecto, la Residencia para Ortega una barbacana desde la que apunta al porvenir –con la ayuda de los residentes, «nuevos saeteros»–, pero también es el Port-Royal en el que se refugia, especialmente en los años inclementes de la dictadura primorriverista, para recargarse de energía y contribuir a la meditación colectiva. Todo ello resuena, con la complicidad y el eco de las afinidades electivas, en lo que escribirá el arquitecto Le Corbusier en 1928 (desconocedor del texto previo de Ortega) tras pronunciar en la Residencia dos conferencias, invitado por la Sociedad de Cursos y Conferencias:

La Residencia es una acrópolis sembrada de chopos, donde el señor y la señora Jiménez han creado un centro para estudiantes, escuela de solidaridad, de espíritu de iniciativa, de sólida virtud. Es como un monasterio –sereno y alegre–. ¡Menuda suerte para los estudiantes!

En la acrópolis residencial Ortega expone el fruto de su reflexión y lo contrasta con un público entendido y cercano, según una trayectoria filosófica que sintetiza José Lasaga, comenzando por *La ética del Arquero* (formulada en la conferencia sobre Don Juan). Así se despliega esa «*paideia* del esfuerzo» que nos vuelve a llevar a la estampa de Goethe presidiendo la biblioteca y los cuartos residenciales, simbolizando una formación del carácter que considerara «la vida como esfuerzo deportivo». Y aquí no sólo tenemos presente el más refinado emblema de la *paideia* residencial, la ca-

FALTA FOTO

José Ortega y Gasset en la Residencia de Estudiantes, Madrid,
febrero de 1925.

beza del atleta rubio que es algo más que el sello de las Publicaciones, puesto que, como es sabido, la práctica del deporte impregna la vida de la Residencia. Esa ética del esfuerzo deportivo no sólo se refiere a la formación de ciudadanos que deberán ejercitar las virtudes cívicas como un deporte, sino a la de intelectuales que harán también práctica deportiva del conocimiento. En ese mismo espíritu el gran explorador Joseph Hackin, que descubre a los europeos, entre otras maravillas orientales, los grandes yacimientos budistas de Bamiyan, y que visitará la Residencia para exponer sus trabajos en 1928, va a anotar el 19 de junio de 1924 en su diario de campaña, según refiere su biógrafo, Pierre Cambon: «De l'archeologie comme un sport».

Mientras mantiene su fructífera producción y dirección en *El Sol* y en *Revista de Occidente*, Ortega participa en las dos sociedades civiles que sostenían lo que Jiménez Fraud llamó «la cátedra de la Residencia»: la Sociedad de Cursos y Conferencias y el Comité Hispano-Inglés.

Ortega fue uno de los socios fundadores de la Sociedad de Cursos y Conferencias (1924-1936), de la que sería el primer ponente no extranjero, y fue partícipe igualmente del Comité Hispano-Inglés (1923-1936). Presentó a algunos ilustres oradores invitados a la Residencia y solicitó a otros colaboraciones para *Revista de Occidente* o les facilitó conferencias complementarias en la Universidad y en el Ateneo. Su labor de difusión de las actividades de la Residencia, en sus «folletones» de *El Sol*, en la bonaerense *La Nación* o en las páginas y las tertulias de *Revista de Occidente* han sido estudiadas, entre otros, por Javier Zamora o Azucena López Cobo. La colaboración de esta última ilumina el papel desempeñado por *Revista de Occidente* en dicha tarea difusora, pero, a la vez, los recíprocos beneficios de Ortega y la *Revista*, gracias a la calidad de los colaboradores aportados por la Residencia. En las páginas de *Revista* se publican textos capitales para la historia de la Residencia, como la *Oda a Salvador Dalí* de Federico García Lorca, o una de las conferencias de Leo Frobenius (glosadas por Ortega en *El Sol*, lo que es reflejo de su interés y del que contribuyó a despertar entre el público culto) en las que se hace una apasionada apología de la cultura y la historia africanas, con juicios que todavía hoy resultan de estremecedora actualidad:

Y cuando el África occidental hubo vomitado esas enormes masas de esclavos en las sentinas de los barcos que surcaban el Océano, quedó literalmente deshecha. La moral deducida de este tráfico era naturalmente una moral destructora. La vida humana ya no tenía más que un valor monetario. A las hecatombes de esclavos siguieron bien pronto las hecatombes de sacrificios humanos ofrecidos

por los viejos reyes a sus dioses; y Europa, la misma Europa que había iniciado el comercio de hombres, entró en campaña contra los reyes africanos para combatir la costumbre de los sacrificios humanos.

Olvidáronse las noticias de la antigüedad clásica; olvidáronse los relatos de aquellos primeros navegantes que hablaban de la suntuosidad y magnificencia de la cultura africana. Quedó en pie solamente la afirmación casi dogmática de la estupidez del negro africano, hombre de color que sólo sirve para esclavo, y cuyos reyes abominables asesinan a todos sus súbditos. El África occidental, con sus pueblos todos, fue condenada a invalidez por el sentimiento europeo, que le negó el derecho a vivir una vida independiente y a pretender la más mínima grandeza y profundidad.

Esta intervención del antropólogo y explorador africanista en la Residencia testimonia la calidad de las aportaciones que llegan desde la Colina al entorno de Ortega, pero también, en ese benéfico flujo, la labor de los críticos y traductores de las obras científicas y filosóficas que hicieron de *Revista de Occidente* —y de la editorial y su tertulia— una empresa que en el ámbito de la publicación periódica dio a conocer y fue al tiempo beneficiaria de las actividades de la Residencia, impulsando, desde esta reciprocidad, el común proyecto de modernización cultural.

Caminos de ida y vuelta: actualidad y futuro de la Residencia de Estudiantes y la Fundación Ortega-Marañón

La historia de la relación entre Ortega y la Residencia de Estudiantes —como la misma historia de España— nos brinda dos desenlaces sucesivos. El primero (abrupto, trágico) tiene un relativamente conocido preámbulo. Iniciada la guerra civil, en la Residencia (con el pretexto de albergar algunos extranjeros de paso para los cursos de verano) se izan las banderas estadounidense y britá-

nica. Bajo tan frágil abrigo, Jiménez Fraud invita a algunos amigos de la Residencia a que se refugien en la Colina de los Chopos, con sus familias, de la violencia desatada por las milicias populares. Ortega (entre otros intelectuales) acude con los suyos, y pasa en la Colina de los Chopos, gravemente enfermo, sus tristes últimas semanas antes de partir, en agosto de 1936, al exilio. Alberto Jiménez Fraud, su familia y los últimos residentes fueron también abandonando la Residencia en este aciago verano. A partir de ese momento se interrumpe la labor de la Residencia (preservados los edificios por los cuidados de Luis Calandre, investigador y médico de la casa).

Sin embargo, pese a que la dictadura franquista se propuso liquidar el legado de la Institución y el de la Residencia, la brillante labor realizada en el exilio por profesionales vinculados con la Institución, la Junta, la Residencia, el Instituto Escuela y otros centros afines, y también la más dificultosa y poco conocida, pero no menos importante, realizada en el exilio interior, hizo posible la paulatina recuperación del legado institucionista, como también fueron recobradas otras tradiciones en la larga marcha de España hacia la democracia. Ello no hubiese sido posible sin la admirable labor de conservación y resistencia de quienes se mantuvieron fieles (cada cual como pudo). Una labor de la que, gracias a las numerosas investigaciones emprendidas, vamos teniendo un conocimiento más preciso.

Con la recuperación de las libertades, los proyectos vinculados al institucionismo que a mi juicio se vieron fortalecidos fueron los que actualizaron el espíritu institucionista con un programa de futuro, capaz de responder a la vez a la tradición que encarnaban y las demandas de nuestro tiempo. Entre esas instituciones, y además de la cercana «casa madre» de la Fundación Francisco Giner de los Ríos, creo que ocuparon y siguen ocupando un lugar destacado la Fundación José Ortega y Gasset, hoy fundida con la Fun-

dación Gregorio Marañón, y la refundada Residencia de Estudiantes, cuyas respectivas trayectorias muestran de nuevo esas afinidades electivas entre el mundo de Ortega y el de la Residencia.

Participar en este número de *Revista* me permite reconocer, ante todo, la deuda con las dos instituciones que han sabido recoger y encarnar brillantemente ambos legados, el de Ortega y el de la Residencia (cosa harto difícil y no por ello menos necesaria). Una deuda que todos tenemos con ellas y que sólo se puede satisfacer procurando contribuir en la medida de las posibilidades de cada cual a la continuidad de la labor que realizan. Personalmente creo que la mayor parte de mi vida profesional es deudora de ambas. Primero, por orden cronológico, de la Fundación Ortega, donde transcurrieron los mejores años de mi formación de posgraduado en un luminoso despacho, en la refinada vecindad de mi maestro Vicente Cacho, de Paulino Garagorri, de Soledad Ortega, entre los seniors, pero la no menos brillante de Manuel Fernández Miranda, Pepe y Santiago Varela, Juan Pablo Fusi, Magdalena Mora, Antonio Ramos, amigos todos pero también, cada uno a su modo (y con José Varela como discreto y singular pero indiscutible líder del proyecto), jóvenes maestros y compañeros de una aventura intelectual en la que igualmente nos sentíamos partícipes, entre otros, Pepe Gómez-Navarro, Tere González Calbet, Mercedes Cabrera, Jorge Lozano, y los más jóvenes que se fueron incorporando: Florentino Portero, Charles Powell e incluso los primeros alumnos (Carmen Asenjo y Fernando Rodríguez Lafuente llegaron a la Fundación, a finales de ese periodo, como participantes de un seminario que organicé por entonces, a la sombra benéfica de Vicente Cacho). Resulta imposible no mencionar, así mismo, la asidua presencia en la vida de la Fundación de amigos excepcionales que en su mayoría también lo fueron luego de la Residencia, procedentes unos del mundo institucionista y académicos y profesionales de la vida cultural los otros, unidos todos en el apoyo desde la socie-

dad civil, como en su día lo habían hecho los miembros del Comité Hispano-Inglés y de la Sociedad de Cursos y Conferencias.

Tengo que interrumpir la lista (que debería completarse al menos con la mención de un equipo profesional de gran valía), pero a la alegre efervescencia y la productividad de aquellos años de la primitiva instalación de la Fundación Ortega en Fortuny 53 creo que debo al menos parte del espíritu que me permitió emprender el proyecto de recuperación de la Residencia de Estudiantes, a la que he dedicado lo más considerable de mi trabajo posterior. Ahora ambas fundaciones ocupan un lugar en la vida intelectual española e internacional, y su vitalidad, la calidad de su labor y sus proyectos de futuro son buena prueba de que el viejo manantial del que bebieron a comienzos del siglo pasado el joven Ortega y la primitiva Residencia de la calle Fortuny se mantiene vivo, y que (parafraseando a Ortega en su necrológica de Gumersindo Azcárate) seguir a Ortega, y seguir a la Residencia –como seguir a Giner– es seguir hacia adelante.

J. L. G. V.

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA

Por economía de espacio omito la referencia completa de los títulos ya citados en las bibliografías de los otros colaboradores en este número.

Ese es el caso de Alberto Jiménez Fraud y su *Historia de la universidad española*, los estudios sobre la Residencia de Estudiantes de Isabel Pérez Villanueva, Margarita Sáenz de la Calzada y Álvaro Ribagorda; los artículos sobre las relaciones entre Ortega y la Residencia o entre Ortega y/o Giner escritos por Carmen Asenjo y Javier Zamora Bonilla, José María Aymerich y el que publicamos Azucena López Cobo y yo.

De la bibliografía de Vicente Cacho está igualmente citado *Los intelectuales y la política*, pero son también numerosas las referencias que dedica

Cacho Viu a Ortega en *El nacionalismo catalán como factor de modernización* (Madrid-Barcelona, Residencia de Estudiantes-Quaderns Crema, 1998; *Repensar el noventa y ocho*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997) y en *Revisión de Eugenio d'Ors (1902-1950)* (Madrid-Barcelona, Residencia de Estudiantes/Quaderns Crema, 1997). La cita extensa de Vicente Cacho procede de «Crisis del positivismo, derrota de 1898 y morales colectivas», publicado en Juan Pablo Fusi y Antonio Niño (eds.), *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, p. 221.

Los textos de Juan Marichal citados pertenecen, por orden de aparición, a «Presencia de Giner (1898-1998)», *Residencia*, núm. 5, Madrid, 1998, y a «Una colina legendaria», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, segunda época, Año I, núm. 1, Madrid, 1987.

Por último, los dos libros citados que actualmente se encuentran en prensa son: José Manuel Sánchez Ron (ed.), *100 JAE. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su Centenario*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes; y Pierre Cambon et al., *Catálogo de la exposición Viajeros por el conocimiento*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2010.